

Dossier

“Filosofía de la naturaleza y cambio climático”

Presentación

El cambio climático está quemando la Tierra y efectuando la Sexta Extinción de Especies a gran velocidad. Sin embargo, la gravedad de este hecho se nos esconde; no queremos hablar de él, es una “verdad incómoda”, como dice Al Gore. Enfrentarlo implica un cambio radical en la economía, la política nacional e internacional, en la organización social, en el crecimiento poblacional, en nuestra concepción ética y estilo confortable de vida, en la educación, en la concepción estética de la naturaleza y de las ciudades, así como en nuestra expectativa de salud. La realidad es que muchos aspectos de la vida ya no son iguales para muchas poblaciones después de los múltiples desastres que han enfrentado, tales como fuertes tormentas, severas sequías, inundaciones, incremento del nivel del mar, incendios devastadores, muerte de especies marinas por la acidificación de los océanos, destrucción de grandes zonas urbanas y silvestres causada por huracanes y tornados. Estas poblaciones han sido disminuidas, han perdido sus bienes y han tenido que enfrentar la migración masiva. Pero la generalidad prefiere refugiarse en un optimismo ingenuo respaldado en un “pensamiento mágico”: no va a pasar nada grave, todo es transitorio; es imposible que ocurra una catástrofe simplemente porque sería demasiado espantoso.¹ Según esta perspectiva, hablar de crisis del clima nos convierte en catastrofistas, pesimistas e incluso agentes de atracción de lo que puede llamarse la “gran hecatombe”.

El Comité Editorial de *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, con conciencia clara de las dimensiones del problema, convocó a la comunidad filosófica a escribir sobre el cambio climático, a fin de dejar testimonio del ejercicio de la conciencia crítico-filosófica y de la responsabilidad que tenemos todos con los grupos más vulnerables, con los otros seres vivos, con las nuevas generaciones y el planeta en su conjunto. Por su capacidad de ver a la distancia y desde lo “alto”, de ejercer la objetividad y la crítica, la filosofía tiene algo que decir ante el panorama actual. La filosofía no apoya el optimismo ingenuo. Frente al cambio climático, ella toma

¹ Conferencia de Jorge Riechmann “¿Transición o colapso?”. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=DwtVdPPnfrQ&t=6442s>

en serio los desarrollos sistemáticos de la ciencia del clima que indican que, en rigor, no estamos ante un mero aumento de la temperatura. La filosofía, en efecto, puede propiciar la toma de consciencia, puede ayudarnos a sopesar la importancia de tomar decisiones de acuerdo con una representación consciente del mundo actual, ayudarnos a cuestionar conceptos fijos y las falsas soluciones que ofrecen las sofisticadas novedades tecnológicas que violentan más a la Tierra; a ver la necesidad de considerar la situación de los vulnerables, entre ellos las mujeres, a entender cómo contribuye la crisis climática a cambiar nuestras representaciones artísticas y percepción cotidiana del medio ambiente, y, en especial, a confrontar nuestra posición ética del “mundo de la vida” y el sentido que podemos construir para nosotros mismos y el mundo presente.

Este *dossier* lo conforman tres artículos de perspectiva ética y ético-política sobre el cambio climático: el de Víctor Hugo Salazar, “El pragmatismo ambiental: una propuesta ética ambiental frente al cambio climático” —con el cual iniciamos—; el de Violeta Treviso, “Interseccionalidad y justicia reproductiva en el marco del cambio climático desde la bioética” colocado como intermedio; y el mío propio, “*Colapso climático y la ecoética biofílica*. La pandemia del COVID-2 en la antesala”. También conforman este *dossier* el artículo de José Agustín Mercado titulado “Máquinas en el aire. Manifestaciones atmosféricas” y el de Sebastián Lomelí, “Apuntes críticos para una hermenéutica de las estéticas del Antropoceno”.

El texto de Víctor Hugo Salazar parte de la preocupación por la falta de acuerdos internacionales sobre las acciones que dañan el clima y amenazan la continuidad de la vida en la Tierra, así como el derecho de las generaciones futuras a una vida sana. El autor busca un marco teórico adecuado para provocar un cambio de actitud individual y social para generar una “sinergia moral ambiental”. En primer lugar, expone la necesidad de una ética capaz de considerar el mundo natural sin caer en la negación del antropocentrismo, pues reconoce que procedemos de acuerdo a nuestra epistemología, marcada por las categorías y los parámetros humanos. Desde luego, no se pronuncia por el antropocentrismo excluyente de la tradición que sólo ve el beneficio del ser humano, sino que adopta como eje de sus reflexiones el antropocentrismo débil del pragmatismo de Bryan Norton. Éste le parece adecuado por su perspectiva ético-política, que ofrece un marco público de decisiones con base en la distinción entre “preferencias sentidas”, generalmente inmediatistas y las “preferencias consideradas”, ponderadas y deliberativas, que se toman desde la afirmación de una visión del mundo y, por ende, ven a largo plazo y hacia un orden comunitario. Finalmente, expone la ineficiencia de los distintos acuerdos internacionales para regular las decisiones de los países en relación con el uso de combustibles fósiles. No se le ocultan al autor los intereses económicos de las pe-

troleras ni mucho menos, la falta de colaboración de EEUU y China. Hemos caído, en su opinión, en los mismos problemas que revela el “dilema del prisionero”: unos países se benefician del esfuerzo de otros, con ello abusan y crean un gran desequilibrio en decisiones que deben ser en verdad comunitarias debido al carácter de bien común del ambiente. Expresa entonces la necesidad de contar con reglamentaciones municipales, nacionales e internacionales, para lograr la sinergia anunciada y deja implícita la sugerencia de un entrecruzamiento entre Norton y Eleonor Olstrom.

El artículo “Interseccionalidad y justicia reproductiva en el marco del cambio climático desde la bioética” de Ana Violeta Trevizo llama la atención sobre cómo los terribles fenómenos ocasionados por el cambio climático generan más desigualdades respecto a los grupos vulnerables y excluidos, en especial las mujeres pobres que habitan en países en desarrollo y que se enfrentan a la reproducción. Trevizo muestra cómo en el huracán Katrina las más perjudicadas fueron las mujeres de escasos recursos económicos, debido a un cúmulo de desventajas y exclusiones: malnutrición, debilidad física, poco acceso a la educación, falta de oportunidades de trabajo, poca atención a su salud, desventajas que se agravan debido a la intersección de diversos factores sociales como la edad, la religión, el origen migrante, la clase social, la raza, las preferencias sexuales y el estado de preñez. De suerte que se hace indispensable adoptar el análisis internacional para comprender la vulnerabilidad de las mujeres y atenderla. Esta perspectiva resulta indispensable desde 1989, año en que la afroamericana Kimberlé Crenshaw la propuso; ahora el feminismo la ha adoptado con éxito para mostrar cómo el desenlace de conflictos para un hombre y una mujer es muy distinto debido al cruce de factores que aumenta la vulnerabilidad femenina. Para Violeta Trevizo, es preciso que las políticas públicas mundiales coloquen a las mujeres (y sus posibles hijos) en el centro de los planes futuros, y fomenten su empoderamiento, a fin de que puedan decidir con autonomía la reproducción o decir no a ésta y puedan superar, así, sus desventajas. El horizonte ético general que sostiene la justicia y superación de vulnerabilidad, ha de ser el de la *biofilia*: el reconocimiento del derecho de todo ser vivo —ya nacido— a la igualdad y la pervivencia.

El artículo de José Agustín Mercado titulado “Máquinas en el aire. Manifestaciones atmosféricas” discute, a través de varias reflexiones filosóficas, la solución fácil que ofrece la eco-ingeniería fenómeno de cambio climático a través del programa *Solar radiation management* (SRM). Nos hace saber cómo esta solución es burda y conlleva múltiples riesgos para la salud de la Tierra y los seres vivos. Además, filosóficamente, corresponde a una forma de pensar corporizante, que hace de cualquier fenómeno un cuerpo material con propiedades y proporciones definidas,

delimitadas. En especial, este planteamiento corresponde a la idea de la atmósfera como “capa gaseosa que rodea la tierra.” Con base en la filosofía de Felix Guatari, maestro de la descorporización de lo real, Moisés nos dice que todo lo que parece tener un cuerpo en realidad es un flujo, es un ir y venir con todo aquello con lo que está en contacto. Así, el hecho simple de inhalar y exhalar nos dice que la atmósfera está en nuestra respiración, que estamos en ella y ella está en todo. No podemos entonces intentar corregirla como si de una máquina se tratara; antes bien, es mucho más, y más importante que corregirla es revisar nuestros conceptos. El autor apuesta entonces por la filosofía como pensar sobre el pensar, y desde aquí hace aportaciones importantes a la aproximación al cambio climático. Sólo queda pendiente un aspecto inquietante: desde la perspectiva de lo real como un conjunto de flujos, es inevitable darnos cuenta de que nosotros mismos, igual que el resto de los seres vivos, nos estamos intoxicando y quemando con el cambio climático. Esto constituye una llamada a pensar, no solo revisando el universo de nuestros conceptos, sino atendiendo también, filosóficamente, a lo que se produce más allá de la filosofía.

El texto de Sebastián Lomelí “Apuntes críticos para una comprensión hermenéutica de las estéticas del antropoceno” propone una estética ambiental crítica que nos permita ver y sentir la devastación ecológica actual. Primero nos muestra los límites de la estética hermenéutica para analizar la precomprensión de la naturaleza en el arte, así como la necesidad de desarrollar una teoría sobre la transformación del espectador gracias a su acercamiento al arte. Para él son insuficientes las estéticas ambientales tradicionales que fundamentan la responsabilidad ética en los valores estéticos. Le interesa propiciar un encuentro directo con el arte, sin juicios de valor, pero en íntima unión con la visión política del artista en relación con la categoría de lo sublime. Cedo la palabra a Lomelí:

Podemos preguntar si la imagen sublime de la naturaleza del calentamiento global, la naturaleza del antropoceno, produce terror; ¿busca despertar en nosotros el respeto de un titán herido? [...] Somos, por ello, responsables, porque hemos cometido un crimen, y el gigante herido es el que nos produce temor y respeto. En ese sentido estamos vinculando el calentamiento global como un efecto de haber tomado la dirección de la Tierra; la imagen sublime habla entonces más del poder del Yo que sobrevive a su crimen, que del complejo sistema que es el planeta [...] Podríamos decir que lo sublime es el simulacro que nos hace pensar que seguimos siendo el timonel del planeta. Aquí vemos el problema: ¿qué se requiere para controlar la Tierra en crisis? ¿Qué se necesita para resguardar lo maravilloso de la naturaleza? No es de extrañar que la ecología haya puesto en duda los beneficios de la

democracia y la soberanía. Tampoco resulta del todo inexplicable la tranquilidad con la que esperamos los grandes efectos del calentamiento global: no nos corresponde enfrentarlos como individuos, sino como espectadores de las acciones de los dirigen las fuerzas tecnológicas, aunque no tengamos idea de quién pueda ser.

Finalmente, mi artículo “Colapso climático y la ecoética biofílica: la pandemia de la COVID-19 en la antesala” intenta mostrar la necesidad urgente de atender, desde una perspectiva eco-ética, la crisis del calentamiento global, por parte de los organismos internacionales, las políticas públicas y las acciones concretas de los ciudadanos. Señalo algunos de los datos relevantes sobre la crisis del clima a fin de dejar atrás la idea de un mero cambio y así entender que estamos ante la posibilidad de un colapso irreversible, cuya antesala es la crisis sanitaria de la pandemia del Covid-19, consecuencia de la Sexta Extinción de Especies provocada por el aumento elevado de temperaturas que ha permitido el acercamiento del mencionado virus a las poblaciones humanas. Desde el punto de vista ético, ubico la causa de esta situación en el antropocentrismo endogámico que nos ha centrado en el ejercicio del poder y el desarrollo de una tecnología que altera sistemas complejos como el clima y pierde control frente a ellos. Sugiero como antídoto una eco-ética basada en Aldo Leopold la cual puede incorporar (en esta primera aproximación) las observaciones y planteamientos éticos de autores contemporáneos como J. Diamond y D. Jamieson. Lo común a todos ellos es la importancia que conceden a la construcción de un sujeto biofílico, humilde ante el conjunto de la vida y decidido autónomamente a contribuir al mejoramiento del planeta y a sostener una actitud de esperanza ante lo incierto, a pesar de la realidad adversa.

Lizbeth Sagols